

ABRIL CAMINO
LAS
27 CITAS DE
CHARLOTTE
MAY



Abril Camino

Las 27 citas de Charlotte May

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Abril Camino, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2022

Depósito legal: B. 12.467-2022

ISBN: 978-84-08-26187-2

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

Solo había pasado una hora desde mi epifanía romántica cuando abrí la puerta de mi apartamento con el cuerpo a medio camino entre la emoción por contarles a mis compañeros de piso mi infalible intención de buscar una pareja estable y el temor a las burlas que sabía que provocaría mi decisión. Pero nunca se me había conocido por ser una cobarde, así que entré pisando fuerte y, al encontrarlos tumbados en el sofá y con el aspecto que tenían en ese momento, me di cuenta de que aquellos dos seres no podían suponer una amenaza de ningún tipo.

—¿Puedo preguntar qué hacéis? —me atreví a decir después de un rato observando a Oliver con la oreja pegada a un vaso, adosado a su vez a la enorme tripa de Moon.

Quizá la elección de los dos compañeros de piso más extraños a este lado del Támesis tuviera algo que ver con las enajenaciones mentales transitorias que me atacaban a veces. Y cuando digo «elección» estoy mintiendo, porque el hecho de que hubiéramos acabado compartiendo piso a los treinta había sido más bien el fruto de una serie de catastróficas desdichas.

—Estoy segura de que he oído al crío gritar «¡Sacadme de aquí!» y Oliver está intentando captar el sonido con ese

vaso —me respondió Moon como si su explicación fuera tan lógica que a mí tuviera que resultarme obvia.

—¿No deberías dejar las drogas, teniendo en cuenta que estás embarazada de casi siete meses?

—¿No deberías tú volver a tomarlas para dejar de ser tan coñazo? —me espetó Oliver mientras le devolvía a Moon el vaso con una mueca de disculpa por su fracaso en la captación de ultrasonidos imposibles.

Allí estaban las dos personas más importantes de mi vida, aunque quizá «personajes» sería una palabra más adecuada. Oliver y Moon. Moon y Oliver. Podrían haber sido el angelito y el diablo que me susurraran mis buenas y malas ideas, pero en su caso ambos obraban como enviados del averno.

Moon era mi mejor amiga casi desde nuestro primer día de clase en la Central Saint Martins. Yo estudiaba moda y ella, arte, pero respondió la primera al anuncio con el que pretendía encontrar dos compañeros de piso que me ayudaran a sufragar mi recién adquirida independencia en el antiguo apartamento de mi abuela sin tener que hacer algo tan aburrido y cansado como trabajar. Fue una amistad forjada sobre vodka y vomitonas, que es algo éticamente reprobable pero infalible.

El segundo en responder a aquel anuncio fue Oliver. Solo hacía seis horas que conocía a Moon —que por entonces todavía se llamaba Ophelia, pero eso es algo que juramos no volver a mencionar hace más de diez años, así que no lo repetiré— y aún no sabía que era lesbiana, pero no me hizo falta ninguna salida del armario para captarlo en cuanto le presenté a Oliver.



—Perdona, ¿eres Charlie May? —Una voz masculina sonó cerca de mi oído cuando salía de mi última clase del día, una conferencia de introducción al que sería nuestro plan de estudios.

—¿Quién lo pregunta? —Me volví, coqueta, aunque la voz me tembló un poco al encontrarme con aquel espécimen masculino. Me pareció atractivo al primer vistazo, a pesar de que se traía un rollo hortera que no me acababa de convencer.

—Un interesado —me respondió con la voz teñida de burla y también... de coqueteo. Yo era bilingüe en ese idioma, así que sabía reconocerlo a la legua.

—¿Cuánto de interesado?

Me apoyé en la jamba de la puerta del aula para permitir que entraran los alumnos que la ocuparían en la siguiente hora.

—Bastante —respondió y me echó una mirada de arriba abajo con esos ojos azules que ya le habría gustado tener a Paul Newman.

Yo me planteé cuál sería la mejor manera de decirle a mi nueva compañera de piso que pensaba llevarme a un tío a casa ya el primer día... y que, si la suerte me acompañaba, no saldría de mi cuarto en horas.

—Pues... —No era muy sutil a los dieciocho años, eso debo reconocerlo; saqué las llaves del bolsillo trasero de los vaqueros y las hice tintinear entre nosotros—. Quizá estaría bien saber tu nombre antes de...

—¿De...? —Arqueó una ceja divertido. No se podía negar que aquel tipo sabía jugar; quizá tuviera mi misma edad, pero parecía mucho más vivido.

—¿De verdad es necesario que termine la frase?

—En realidad, no. Oliver. —Esbozó una sonrisa que me apeteció morder—. Oliver Walker.

—Charlie. Charlotte May. —Estrecharle la mano me habría parecido demasiado formal a esas alturas, pero un ataque inesperado de timidez no me permitió darle un beso. Aún—. Pero creo que eso ya lo sabías.

—Sí.

—¿Cómo...? —Fruncí el ceño porque, aunque siempre había sido una chica popular, me parecía un poco extraño que un compañero de clase supiera mi nombre el primer día y sin causa aparente.

Oliver levantó una mano y me mostró el anuncio que yo misma había clavado en el tablón de corcho del vestíbulo esa mañana. Lo había impreso en papel color fucsia e incluía frases como «Tú aún no lo sabes, pero nuestro piso será el lugar más divertido de Londres». Me sonrojé un poco cuando imaginé cómo lo verían sus ojos.

—Pues eso. —Esbozó una sonrisa canalla que, con los años, aprendería a reconocer como su seña de identidad—. Que estoy interesado en compartir piso. ¿Habías entendido otra cosa?

Me dejó sin palabras, el maldito, ya el día que lo conocí. Podría haberme parecido un gilipollas y haberle dicho que ya había encontrado compañeros para las dos habitaciones. De hecho..., sí que me pareció un gilipollas, pero prefería mil veces a alguien así como compañero de piso, a un insolente con pinta de haber vivido mucho más de lo que correspondía a su edad, que a un imberbe sin gracia.

Media hora después, le presenté a Moon. Ella ni se inmutó, la muy... lesbiana, ante el portento físico que era Oliver, pero congeniaron; vaya si lo hicieron. Aquel día, en el vestíbulo de la Central Saint Martins, hice las dos mejores elecciones de mi vida.



Oliver, Moon y yo convivimos durante seis años: los cuatro que duraron nuestros estudios en la Central Saint Martins y los dos posteriores, mientras dábamos nuestros primeros pasos en un sector laboral, el de la moda —el del arte, en el caso de Moon— londinense, que nos parecía al

mismo tiempo una jungla y el lugar más apasionante del mundo. Después, la vida nos mandó a cada uno a un punto del planeta; bueno, yo me quedé en Londres, pero Moon, tras un repentino cambio de vocación, se marchó a trabajar como DJ a Australia y Oliver consiguió el empleo de sus sueños en París.

Pero, pasados los treinta, allí estábamos de nuevo, compartiendo locuras en un extraño momento de nuestras vidas. Locuras como la que yo estaba a punto de soltar por la boca.

—He decidido buscarme un novio.

Así se lo dije, sin paliativos. Cerré los ojos un momento para no ver sus caras de estupefacción, porque, dado mi historial, suponía que ese sería el sentimiento que les provocaría, pero la curiosidad fue más fuerte que mis párpados y me encontré con dos ceños fruncidos. Me adelanté antes de que empezara el bombardeo de preguntas.

—Quiero enamorarme. No más polvos de una noche, no más desastres que se ven venir a la legua, no más tiempo perdido. Quiero un buen tío...

—Querrás decir un tío bueno... —me corrigió Moon.

—Eso también. Que quiero un novio, vaya. Algo serio y estable.

—Tú no quieres eso ni de coña —soltó Oliver, y acabó su frase con una carcajada que resonó en todo el piso.

—Sí que lo quiero. —Me enfurruñé—. Lo que no sé... es por dónde empezar a buscar.

—Eso déjalo en mis manos. —Moon se incorporó como pudo y me miró con la resolución brillando en sus pupilas—. Mi especialidad es planificar, recuerda.

—Sí, sí... —Oliver seguía riéndose—. Lo haces de maravilla, Moon.

—Me propuse quedarme embarazada antes de los

treinta y ¿qué? Me quedé embarazada a los veintinueve y once meses.

—Sobresaliente en planificación familiar. Suspenso rotundo en gestión de visados —siguió insistiendo Oliver.

La razón por la que Moon había vuelto al piso era rocambolesca. Llevaba ya seis años viviendo en Australia, los tres últimos con su novia Sophie, cuando decidieron ser madres. Moon se sometió a un tratamiento de fertilidad, el embarazo llegó al primer intento y a mi buena amiga le debió de entrar la nostalgia británica, porque le propuso a Sophie que la niña —ya sabían que sería una niña— naciera en Londres. Moon viajó un par de semanas antes y, cuando Sophie fue a solicitar el visado, se encontró con que un desliz con el tráfico de estupefacientes a pequeña escala más de diez años atrás le impediría conseguir el permiso para entrar en las tierras de su graciosa majestad. El embarazo de Moon se acercaba ya entonces a la semana treinta y sus ginecólogos, el abandonado en Australia y el que se había buscado en Londres, le recomendaron no coger un vuelo tan largo para regresar a Melbourne. Así habíamos llegado a aquel *déjà vu* vital de nuestros años de estudiantes.

—Ignora a este imbécil y coge lápiz y papel, Charlie.

La obedecí y me hice con un bloc de notas en el caótico escritorio de mi cuarto.

—¿Qué tengo que escribir?

—Normas. Muchas normas. No nos vale cualquiera. He visto a un montón de personas equivocarse en la elección de pareja por estar bajo el influjo de una crisis de querer sentar la cabeza. Vamos a establecer una serie de características imprescindibles que ha de tener el hombre al que le hagas el honor de convertirlo en tu novio.

—Que tenga pene, sea guapo y vista bien —aportó Oli-

ver—. Ya está. No recuerdo que jamás en la vida Charlie haya tenido otras aspiraciones.

—¿Tú eres siempre así de gilipollas o te has levantado hoy con mal pie? —le pregunté—. Estoy a dos frases insolentes de mandarte de una patada en el culo a tu pisazo de Chelsea.

Creo que esto requiere una aclaración. Oliver, nuestro Oliver, el chico al que conocimos el primer día en la Central Saint Martins y con el que convivimos unos años mientras forjábamos nuestros futuros profesionales, se había convertido con el paso de algo más de una década en Oliver W. Después de que su proyecto de fin de carrera deslumbrara en la pasarela de la London Fashion Week, le llovieron las ofertas de empleo; la más rutilante llegó un par de años después de licenciarnos, cuando Givenchy le ofreció trabajar como segundo director creativo de la firma en París. Oliver, que atravesaba por entonces el peor momento de su vida personal, encontró en esa propuesta una posibilidad de huir de un Londres que le pesaba, así que se marchó cuatro años al otro lado del canal de la Mancha. Cuando regresó, lo hizo convertido en la estrella emergente de la moda británica; el diseñador cuyas colecciones generaban más expectación y copaban portadas; el que despertaba más amores y más odios; el nuevo Alexander McQueen, según todos los medios, aunque sin toda esa parte del suicidio y tal. En lugar de aceptar las múltiples proposiciones de las principales firmas del lujo británicas, decidió crear su propia marca y se rebautizó como Oliver W, porque Oliver Walker le debía de sonar demasiado vulgar. Se instaló conmigo y, a los pocos meses, se compró un edificio en Chelsea (sí, un edificio entero, porque Oliver W caga libras), instaló allí su estudio y *showroom*, y convirtió el ático en su apartamento.

Apartamento en el que debía de haber dormido unas cinco noches en dos años, porque nunca conseguí echar su (precioso) culo de mi casa.

—Charlie, que te dispersas —me advirtió Moon—. Oliver es imbécil, pero tiene razón: que sea guapo y que tenga pene son imprescindibles. Y si no viste bien, lo vas a odiar.

—¡Eso no es cierto!

—No, no lo es —reconoció Oliver—. Vestir bien es algo diferente a lo que a ti te gusta. No aspiramos a que sepa llevar un traje de tres piezas, pero al menos que tenga rollo. Que tenga un mínimo de clase, si preferís llamarlo así.

—Dijo el diseñador de moda al que jamás he visto con algo diferente a un pantalón vaquero roto y una camiseta negra.

—Algunos no necesitamos más. —Me guiñó un ojo—. Además, ya sabes que yo gano mucho desnudo.

Sí, sí que lo sabía. Los años de universidad habían sido muy locos, ya lo he dicho antes, ¿no? En ese piso nos habíamos visto todos desnudos, y no precisamente porque fuéramos descuidados con el pestillo del cuarto de baño. Da igual, ese es otro tema.

—Yo añadiría que tenga casa propia, porque si pretendes meterlo en esta pocilga... —Le lancé un cojín a Oliver y él me respondió con una sonrisa—. Si yo estoy encantado de okupa, Charls, ya lo sabes, pero no creo que a ningún tío con dos dedos de frente le apetezca vivir contigo, conmigo y con la morsa preñada.

—¡Eeeh! A mí déjame tranquila. Además, te recuerdo que yo volveré a Australia en cuanto me saquen la sandía esta por el culo.

—Apunto lo de la casa propia. Solo para que ningún

hombre que pueda llegar a quererme tenga que escuchar ese tipo de frases.

—¿Qué más...? —Moon parecía estar devanándose los sesos. Para ser una mujer que nos había contado que al conocer a Sophie lo que más le había gustado de ella había sido que era «la única lesbiana de Melbourne a la que aún no me he tirado», parecía muy interesada en la selección de candidatos para mí—. Que te haga reír. Eso es fundamental.

—Y nada tópico, por otra parte —aportó Oliver.

—«Que me haga reír incluso cuando no quiere». Eso me gusta. —Seguí escribiendo mientras pensaba en requisitos que me sonaban tan románticos que me costaba creer que estuvieran saliendo de mi boca—. Que me cuide cuando lo necesito.

—¿Eso significa que dejaré de ser yo el responsable de hacerte sopa cuando tengas resaca? —me preguntó Oliver.

—Sí, y puede que hasta dejes de ser mi compañero de borracheras.

—¿Te vas a transformar en una aburridísima mujer decente? —Moon me miró con cara de espanto.

—No podría aunque lo intentara, Moon, así que pierde cuidado. Nuestra Charlie seguirá siendo la tía más loca de Londres.

—¡Eso! Que él también esté un poco loco..., pero no más que yo. —Continué garabateando en mi cuaderno y las ideas empezaron a fluir—. Y que no me dé vergüenza hacer el ridículo delante de él. Y que no me juzgue por mi pasado ni pretenda que sea ni una princesa virginal ni una amazona del sexo.

—Eso es fundamental. —Oliver volvió a reírse—. Y que tenga ese puntito sórdido y hortera que te gusta.

—Mmmmm... Mejor «que tenga un puntito sórdido y hortera y *aun así* me guste».

—Vale. —Moon dio una palmada—. Vamos a las cosas prácticas, que te estás yendo por las ramas: que no tenga exmujer ni exnovia.

—¿Estamos buscando al último virgen del Reino Unido? Charlie, sé realista.

—Bien, pues que no tenga cuentas pendientes ni obsesiones con exparejas. Que yo acabe siendo el único y verdadero amor de su vida.

—Voy a potar.

—Oliver, o aportas o aparta.

—Vale, aporto: que no tenga hijos.

—¡Eso! Y que tenga tan claro como yo que no quiere tenerlos.

—Que no sea un delincuente —añadió Moon mientras yo aún estaba apuntando lo anterior—. Teniendo en cuenta lo bien que sueles elegir, es importante dejar eso por escrito.

—Que viva en Londres. —Ignoré la pulla de Moon porque, qué diablos, tenía toda la razón, y seguí a lo mío—. O que tenga planes de hacerlo. Si no me largué de aquí por el Brexit, no lo haré por un tío.

—Pero que le guste viajar. —Moon señaló con la cabeza mi cuaderno—. A sitios *cool*, que te conozco y no te veo de vacaciones en Brighton.

—Y que le regale cositas monas. Que la tienen muy mal acostumbrada a recibir regalos de *influencer* y ya no le vale cualquier cosa.

—¡Eso no es verdad! —les grité—. Y dejad de tratarme como si fuera una puta gilipollas superficial, ¿vale? Si ni vosotros confiáis en que pueda encontrar a alguien que aguante todas mis mierdas, ¿quién va a hacerlo?

—Que soporte tus brotes. Apunta. —Estuvo a punto de darme la risa cuando Oliver hizo alusión a mis ya célebres ataques de histeria, pero, en cambio, se me saltaron las lágrimas. Es lo que tienen los brotes psicóticos, que nunca se sabe por dónde pueden salir.

—Qué bonito lloras, cerda —me reprochó Moon, ajena a mis pesares—. Yo parezco un león marino ahogándose cuando lloro y tú, una actriz de cine clásico en un final desgarrador.

—Que me vea guapa hasta cuando lloro —dije entre hipidos—. Aunque mucho me temo que esas son cosas que solo ven las mejores amigas.

—Que te vea tan guapa como te ves tú cuando postureas en Instagram, más bien —añadió Oliver—. Bah, aún no he conocido a un tío que te encuentre fea, así que estas últimas te las puedes ahorrar.

—¿Eso era un piropo? —le pregunté con la ceja levantada y las lágrimas anteriores olvidadas.

—Los piropos están pasadísimos de moda, parece mentira que no lo sepas. Es un halago. Y ya que estoy generoso, añade ahí: que te haga correr como una reina.

—¡¿Quién?! —Me sobresalté porque ya se me había olvidado el propósito de aquella charla. Moon cabeceó con resignación y se levantó a preparar unos cócteles—. Ah, vale, el hombre perfecto.

—A lo mejor dejo de beber de forma permanente después de dar a luz —comentó al tiempo que olisqueaba con asco el vaso de la batidora, en el que quedaban restos de vodka de un par de noches antes, y encendía el equipo de música en modo aleatorio; sonó *Sweet Disposition*, de The Temper Trap.

—A lo mejor yo salgo a la calle en chándal. A lo mejor Charlie encuentra al hombre perfecto.

—¿Qué dices, tarado? —le pregunté mientras lo amenazaba con lanzarle otro cojín.

—¡Ah! ¿El juego no consistía en decir cosas que jamás van a ocurrir?

—Paso de ti. —Releí los requisitos que había ya en mi cuaderno y vi que pasaban de veinte—. Venga, hay que acabar con esto o no encontraré a nadie que los cumpla todos.

—Que no vaya demasiado rápido —dijo Oliver—. Porque, si no, te vas a agobiar y serás tú quien le dé la patada.

—No, mejor: que, aunque vaya demasiado rápido, no me agobie, porque, al mirarlo, sabré que es él. ÉL.

—Que cuando te diga que te quiere sea verdad —añadió Moon con un suspiro soñador.

—Dame un vaso de ese mojito, haz el favor —le pidió Oliver—. Se nos ha ido un poco la mano con el azúcar, ¿no?

—He usado las mismas proporciones de siempre —se defendió Moon.

—No hablaba del cóctel. —Oliver puso los ojos en blanco y aportó el último punto de mi lista—. Venga, voy a hacerle un favor al pobre diablo que caiga en tus redes, Charlie.

—A ver...

—Que tú también lo hagas feliz a él. No todo van a ser exigencias, ¿no?



La noche acabó con unos cuantos cócteles de más. No es que fuera una novedad; a pesar de tener los treinta cumplidos y del embarazo de Moon, por momentos parecía que habíamos vuelto a la etapa de estudiantes, cuando los dos únicos electrodomésticos que usábamos en el piso eran la freidora y la batidora de vaso.

Me tambaleé de camino a mi cuarto, pero, después de

cepillarme los dientes y lavarme la cara, me sentí más despejada. Demasiado despejada como para irme a dormir; demasiado vaga como para plantearme salir de fiesta después de un día lleno de emociones, epifanía romántica incluida. Eso sí, tan decidida estaba en mi propósito de encontrar el amor que antes de meterme en la cama rescaté mi cuaderno para pasar a limpio los garabatos que, se suponía, describían al futuro hombre de mi vida.

Siempre me había gustado mi letra y aquella noche me esmeré en que aquel listado que iba a determinar mi búsqueda del amor quedara bien bonito. Estrené uno de los muchos cuadernos en blanco que coleccionaba e incluso le hice una portada con el título «Cuaderno de citas». De falta de voluntad y preparación no se me podía acusar. La primera página quedó más o menos así, una mezcla entre las propuestas de mis amigos y las mías propias:

1. *Que sea guapo a rabiar.*
2. *Que sea elegante y tenga clase.*
3. *Que tenga pene.*
4. *Que tenga un puntito sórdido y hortera, pero que aun así me guste.*
5. *Que no sea un delincuente.*
6. *Que tenga casa propia.*
7. *Que no sea padre y que tenga tan claro como yo que no quiere serlo.*
8. *Que no esté obsesionado con una expareja.*
9. *Que viajemos juntos a sitios cool.*
10. *Que adore Londres tanto como yo.*
11. *Que respete mi pasado y no pretenda que sea ni una princesa virginal ni una amazona del sexo.*
12. *Que me vea tan guapa como me veo yo a mí misma en mi mejor momento.*

13. Que le parezca guapa hasta cuando lloro (y que me haga reír para que se me pase).
14. Que se emborrache conmigo y luego me haga sopa para la resaca.
15. Que sepa cuidarme cuando lo necesito.
16. Que me haga correrme como una reina.
17. Que me soporte cuando broto.
18. Que no me dé vergüenza hacer el ridículo delante de él.
19. Que esté un poco loco, pero no más que yo.
20. Que me haga reír incluso cuando no quiere.
21. Que cuando me diga que me quiere sea de verdad.
22. Que yo también lo haga feliz a él.
23. Que me haga regalos apropiados.
24. Que no me agobie si va demasiado rápido en la relación.
25. Que yo sea el verdadero y único amor de su vida.
26. Que cuando lo mire sepa que es ÉL.